

En que decididamente vamos viendo el arreglo de la familia.

Madama la duquesa de Berry, á cuya casa se dirigia el regente, era, como vulgarmente se suele decir, su hija mimada; atacada á la edad de siete años de una enfermedad mortal, según opinión de los facultativos y abandonada por éstos, había caído en manos de su padre, que se preciaba de ser inteligente en medicina, como todos saben, y que propinándola remedios á su manera había conseguido salvarla. Desde entonces el cariño paternal del duque fué aumentándose de un modo tan excesivo, que llegó á degenerar en debilidad. Desde aquel momento también dejó obrar á su antojo á aquella niña voluntariosa y altanera; su educación muy descuidada se resintió bien pronto de semejante abandono, lo cual no impidió sin embargo que Luis XIV la eligiese por mujer de su nieto el duque de Berry.

Nadie ignora que la muerte cayó de golpe sobre la triple descendencia real, y que dejaron de existir

en pocos años, el gran delfín, el duque y la duquesa de Borgoña, y el duque de Berry.

Habiendo quedado viuda á los veinte años, profesando á su padre el mismo cariño que él la tenía, pudiendo elegir entre la sociedad de Versalles y la del Palacio Real, la duquesa de Berry, bella, joven y ansiosa de goces, no había titubeado un momento; quiso participar de las fiestas, de los placeres, y aun algunas veces de las orgías del duque; mas he aquí que de pronto comenzaron á circular extrañas calumnias acerca de las relaciones del padre y de la hija, saliendo á la vez de Saint-Cyr y de Sceaux, procedentes de madama de Maintenon y de madama de Maine. El duque de Orleans con su indolencia de costumbre había dejado esparcir semejantes rumores, los cuales se reducían á terribles acusaciones de incesto, que por no tener ningún carácter histórico á los ojos de los hombres que conocen á fondo las costumbres de aquella época, no son otra cosa que un arma en manos de gentes interesadas en denigrar la conducta del hombre privado, con el objeto de disminuir la grandeza del hombre político.

No era esto todo: por su debilidad siempre creciente, el duque de Orleans había contribuido á dar crédito á tales rumores, pues donó á su hija, que poseía ya seiscientas mil libras anuales, cuatrocientos mil francos de su patrimonio particular, lo cual hacía ascender sus rentas á un millón: además

la había dejado el Luxemburgo, destinando una compañía de guardias de honor para su persona; en fin, lo que exasperó en extremo á los preconizadores de la vieja etiqueta, y que sólo hizo encoger de hombros el duque, fué el pasear la duquesa de Berry las calles de París precedida de trompetas y tímboles con escándalo de todos, dando además mucho que reír el haber recibido al embajador de Venecia sentada en un elevado trono de tres gradas, faltando muy poco para que semejante circunstancia fuese la causa de una desavenencia entre ambas naciones.

Había más; se estaba en visperas de concederle otra petición no menos exorbitante, que á la verdad hubiera llenado de indignación á la nobleza; tal era un palco de honor con su correspondiente dosel en el teatro de la Ópera, cuando felizmente para la tranquilidad pública y desgraciadamente para la dicha del regente, la duquesa de Berry se enamoró del caballero de Riom.

Este era un segundón de Auvernia, sobrino del duque de Lauzún, que habiendo ido á París á buscar fortuna, la encontró en efecto en el Luxemburgo: siendo presentado á la princesa por madama de Mouchy, con la cual tenía relaciones amorosas, no tardó en ejercer sobre aquélla la influencia de familia que su tío el duque de Lauzún había ejercido cincuenta años antes sobre la hermana del rey, declarándose bien pronto el amante favorecido

á pesar de la oposición manifiesta de su predecesor Lahaie, á quien nombraron entonces agregado á la embajada de Dinamarca.

La duquesa de Berry no había tenido pues en resumen más que dos amantes, lo que conviene consignar aquí como una virtud, atendidas las costumbres de las princesas de aquel tiempo: Lahaie, cuyas relaciones siempre había tenido ocultas, y Riom, al cual proclamaba abiertamente. No era esto por lo tanto causa suficiente para el encarnizamiento con que se perseguía á la pobre princesa. Pero es necesario tener presente que este encarnizamiento provenía de otro motivo, del cual no sólo nos habla Saint-Simón, sino también todos los historiadores de la época; tal era aquel fatal paseo por las calles de París, precedida de tímboles y trompetas, aquel malhadado trono de tres gradas, en donde había recibido al embajador veneciano, y por último aquella presuntuosa exigencia, teniendo ya una compañía de guardias de honor, de estar en el teatro de la Ópera bajo dosel.

Sin embargo, no se crea que era la indignación general á que había dado lugar la princesa lo que exasperó fuertemente al duque de Orleáns contra su hija, sino el imperio absoluto que sobre su persona dejó tomar á su amante. Riom, aleccionado por aquel mismo duque de Lauzún que aplastaba por la mañana la mano de la princesa de Monaco con el tacón de sus botas, las cuales por la noche

mandaba que se las sacara la hija de Gastón de Orleans, había dado á su sobrino, con respecto á las princesas, instrucciones terribles, y que fueron seguidas por él al pie de la letra. « Las princesas de Francia, había dicho á Riom, quieren ser tratadas con el palo en la mano ; » y Riom, confiado en la experiencia de su tío, educó con tanta perfección á la duquesa de Berry, que ésta no se atrevía á dar un banquete sin su permiso, ir á la Ópera sin su anuencia, ni ponerse un traje sin consultarle. De todo lo cual había resultado, que el regente, que amaba entrañablemente á su hija, empezó á aborrecer á Riom, que la alejaba de su lado, del modo que se lo permitía su negligente y bondadoso carácter. Bajo el pretexto de servir á las miras de la duquesa, confirió el mando de un regimiento á Riom, luego el gobierno de la ciudad de Cognac, y por último la orden de ir á ocupar su destino, lo cual, según todos los que veían las cosas desapasionadamente, juzgaban que el favor iba convirtiéndose en desgracia.

La duquesa tampoco se había engañado; así es que acudió presurosa al Palacio Real, á pesar de no estar completamente restablecida de cierta dolencia grave, aunque natural, que la tenía postrada en el lecho : rogó y suplicó á su padre, pero inútilmente. Viendo que nada conseguía, se incomodó, riñó; mas fué también en vano. Finalmente, partió amenazando al duque con todo su

rencor, y asegurándole que no obstante su orden, Riom no marcharía.

Á la mañana siguiente, el duque por toda respuesta reiteró á Riom la orden de partida, y éste le mandó á decir respetuosamente que acto continuo iba á ser obedecido.

En efecto, el mismo día, vispera del en que nos encontramos, Riom abandonó públicamente el Luxemburgo, recibiendo el duque de Orleans aviso por el mismo Dubois de que el nuevo gobernador, seguido de sus equipajes, había salido á las nueve de la mañana con dirección á Cognac.

Todo esto había tenido lugar sin que el duque de Orleans hubiera vuelto á ver á su hija : así que cuando habló de aprovechar los momentos de irritación para concluir con aquélla, era más bien que una riña, el perdón lo que iba á solicitar.

Dubois, que lo conocía á las mil maravillas, no se dejó engañar por esa pretendida resolución ; mas todo lo que él deseaba era deshacerse por de pronto de Riom, y en efecto, éste había partido para Cognac. Por lo tanto, esperaba durante su ausencia poder deslizar algún nuevo secretario de cámara ú otro jefe de guardias con el objeto de borrar el recuerdo de Riom del corazón de la princesa. Llegado este caso, recibiría la orden de ir á España á incorporarse al ejército del mariscal de Berwick, quedando en un todo igual á Lahaie, que se hallaba en Dinamarca, no habiendo por consi-

guiente ningún motivo de cuestión entre los dos. Semejante proyecto no podemos decir que fuese muy moral, pero sí un plan bastante lógico; lo que únicamente ignoramos es, si el ministro hizo partícipe de él á su señor.

El carruaje se detuvo en frente del Luxemburgo, que estaba iluminado como de costumbre. El duque se apeó y subió la escalera con su viveza ordinaria. En cuanto á Dubois, á quien la duquesa aborrecía en extremo, se quedó acurrucado en un rincón de la silla.

Á los pocos instantes, el duque apareció en la portezuela con el semblante demudado.

— ¡ Ah ! monseñor ! exclamó Dubois, ¿ no han permitido por ventura la entrada á vuestra alteza ?

— Nada de eso, sino que la duquesa no se halla en el Luxemburgo.

— ¿ Pues en dónde se halla, en las Carmelitas acaso ?

— En Meudón.

— ¡ En Meudón ! en el mes de febrero y con un tiempo como éste ! Monseñor, semejante pasión por el campo me parece sospechosa.

— Y á mí también, lo confieso ; ¿ qué diablos podrá hacer en Meudón !

— Es fácil saberlo.

— ¿ Cómo ?

— Yendo á Meudón.

— ¡ Cochero, á Meudón ! gritó el regente sal-

tando al carruaje : tienes veinticiuco minutos para llegar allá.

— Monseñor me permitirá que le diga, dijo humildemente el cochero, que sus caballos han andado ya diez leguas.

— Reventadlos, pero llegad á Meudón en veinticinco minutos.

Á una orden tan explícita, nada había que replicar. El cochero sacudió un fuerte latigazo á los caballos, emprendiendo éstos de nuevo la carrera del mismo modo que si acabaran de salir de la caballeriza.

Durante el camino, Dubois permaneció mudo y el regente preocupado; de vez en cuando uno y otro echaban una mirada investigadora á su alrededor; mas los lugares que atravesaban nada ofrecían que fuese digno de llamar la atención del regente y de su ministro. Por último, llegaron á Meudón; siguiendo el duque perdido en el dedalo de ideas contradictorias en que iba engolfado.

Entonces se apearon ambos: la explicación entre el padre y la hija podía ser larga, y Dubois quería esperar el desenlace en un sitio más cómodo que no dentro del carruaje.

Al pie de la escalera encontraron al portero, que era un suizo, vestido con la librea de gala. Como el duque iba casi cubierto con su capotón guarnecido de pieles, y Dubois envuelto en su capa, los detuvo. Entonces el duque se dió á reconocer.

— Perdonad, dijo el suizo, pero ignoraba que monseñor fuese esperado.

— Bien, bien, repuso el duque; esperado ó no, aquí estoy. Dispón que un lacayo vaya al momento á dar aviso á la princesa de mi llegada.

— ¿Es monseñor por ventura de los convidados á la ceremonia? preguntó el suizo que parecía visiblemente confuso, á causa sin duda de la severa consigna que se le había dado.

— Justamente: y yo también, replicó Dubois cortando la palabra al duque de Orleáns, que iba á averiguar de qué ceremonia se trataba.

— En ese caso voy á tener el honor de mandar que acompañen á monseñor á la capilla.

Dubois y el duque se miraron como personas que nada comprenden.

— ¿Á la capilla? repitió el regente.

— Sí, monseñor; porque hace ya cerca de veinte minutos que se ha dado principio á la ceremonia. ¡Ah, ya! dijo el regente al oído de Dubois! apostaríá á que también se hace religiosa.

— Lo que se puede apostar, monseñor, repuso Dubois, es que quizás se esté casando.

— ¡Diablo! exclamó el regente, ¡no faltaría más que esto! Dicho lo cual empezó á subir precipitadamente seguido de Dubois.

— ¿No quiere monseñor que mande que lo acompañen?

— Es inútil, replicó el regente desde lo alto de

la escalera; conozco el camino perfectamente.

En efecto, con aquella agilidad tan admirable en un hombre de su corpulencia, el duque atravesó multitud de antesalas, estancias y corredores, acompañado de Dubois, que entonces sentía casualmente ese diabólico interés que presta la curiosidad, convirtiéndole en un nuevo Mefistófeles de aquel otro investigador que ya no se llamaba Fausto, sino Felipe de Orleáns.

Finalmente, llegaron á la puerta de la capilla, que parecía estar cerrada, pero que se abrió al primer empuje.

Dubois no se había engañado en sus cálculos.

Habiendo Riom dado la vuelta secretamente, después de su partida que hizo tan pública, se hallaba entonces puesto de rodillas en compañía de la princesa delante del capellán particular de ésta, mientras que el caballero de Pons, pariente de Riom, y el marqués de la Rochefoucault, capitán de los guardias de la duquesa de Berry, sostenían el velo ó yugo colocado sobre la cabeza de la misma; los señores de Mouchy y de Lauzún ocupaban su puesto, el uno á la izquierda de la princesa, y el otro á la derecha de Riom.

— Monseñor, está visto que la fortuna nos es contraria, dijo Dubois; hemos llegado diez minutos más tarde.

— ¡Maldición! exclamó furioso el duque dando un paso hacia el altar; ahora vámos á verlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡ Un momento ! monseñor, repuso Dubois : en atención al carácter de que me hallo revestido, es de mi deber el impedirlos que cometáis un sacrilegio. Si conviniese, no me opondría ; más ahora nada adelantaría.

— ¡ Oh ! ; esto más ! ; con que ya están casados ? preguntó el duque retrocediendo y ocultándose detrás de una columna.

— Justamente, monseñor ; tan casados, que ningún poder bastaría á desunirlos, á no ser el Santo Padre.

— ¡ Pues bien ! yo escribiré á Roma, replicó el duque.

— ¡ Guardaos de ello, monseñor ! exclamó Dubois ; no gastéis vuestra influencia por semejante cosa ; demasiado la necesitaréis cuando se trate de hacerme nombrar cardenal.

— Pero, una alianza tan desigual no se puede tolerar, dijo el regenté.

— En la actualidad están muy en moda, repuso Dubois, y no se oye hablar de otra cosa. S. M. Luis XIV se malcasó desposándose con madama de Maintenón, á la cual vos habéis señalado una pensión del mismo modo que si fuera su viuda : la hermana del rey se malcasó desposándose con el caballero de Lauzún : vos os malcasasteis verificando lo propio con la señorita de Blois, llegando á tal extremo, que cuando anunciasteis el desposorio á la princesa palatina vuestra madre, su única

respuesta fué el daros una fuerte bofetada. En fin, yo mismo, monseñor, ¿ no me malcasé desposándome con la hija del dómine de mi lugar ? Bien veis, por lo tanto, que después de tan grandes ejemplos, la princesa vuestra hija puede muy bien casarse á su vez.

— ¡ Cállate, monstruo ! dijo el regenté.

— Además, continuó Dubois, reflexionad, monseñor, que los amores de la duquesa de Berry empezaban á dar pábulo á las habladurías del abad de San Sulpicio, más de lo que convenía : era un verdadero escándalo, el cual cesará cuando París sepa mañana este casamiento secreto ; veréis como de este modo nadie tendrá que decir, ni vos tampoco : decididamente, monseñor, en vuestra familia empieza á entrar la reforma.

El duque de Orleáns lanzó una terrible imprecación, á la cual Dubois contestó por medio de una de esas risitas falsas peculiares á Mefistófeles.

— ¡ Silencio ! gritó el suizo, que ignoraba quién promovía aquel ruido, y el cual deseaba que los esposos no perdiesen una sola palabra de la piadosa exhortación del sacerdote.

— ¡ Silencio ! monseñor, ved que estáis turbando la ceremonia.

— Lo que vas á ver, replicó el duque, es que si no nos callamos nos echarán de aquí.

— ¡ Silencio he dicho ! repitió el suizo golpeando el pavimento con el cuento de su alabarda,

mientras que la duquesa enviaba al caballero de Mouchy para que averiguase la causa de aquel escándalo. En efecto, obedeciendo este último las órdenes de la princesa, percibió al través de la oscuridad á dos personas que parecían ocultarse; en su consecuencia, se acercó á ellas con atrevido continente, y con altivo acento les dijo:

— ¿Quién mueve tanto ruido? ¿quién os ha dado permiso, caballeros, para introducirnos en la capilla?

— El que tiene muchos deseos de haceros salir por la ventana, respondió el regente, pero que por el momento se contenta con mandaros que deis la orden al caballero de Riom, que parta acto continuo para Cognac, intimando al propio tiempo á la duquesa de Berry la prohibición absoluta de presentarse en el Palacio Real.

Concluidas estas palabras, el regente salió haciendo una seña á Dubois para que le siguiese, dejando al obeso señor de Mouchy estupefacto con semejante aparición.

— ¡Al Palacio Real! gritó el príncipe metiéndose precipitadamente en el carruaje.

— ¡Al Palacio Real! replicó vivamente Dubois; nada de eso, monseñor, no olvidéis nuestros pactos; tened presente que os he seguido con la condición que me seguiríais también cuando llegase la ocasión.

— Véte en hora mala; no tengo apetito.

— ¡En hora buena! vuestra alteza no comerá.

— No tengo humor para diversiones.

— Está bien; si vuestra alteza gusta, tampoco se divertirá.

— ¿Y qué haré entonces sin comer ni divertirme?

— Vuestra alteza verá cómo los demás comen y se divierten.

— ¿Qué quieres decir? habla sin rodeos.

— Quiero decir, que Dios está dispuesto á hacer milagros por vos, monseñor: y como esto sucede pocas veces, es preciso no desperdiciar la ocasión; esta noche hemos visto ya dos funciones; vamos ahora á presenciar la tercera.

— ¿La tercera?

— Sí, monseñor; *numero Deus impari gaudet*: el número impar es grato al Señor: creo que no habréis olvidado el latín.

— Vamos, explicate, dijo el regente, el cual en aquel momento se hallaba poco propenso á chancarse; á la verdad que eres bastante feo para servir de esfinge; mas yo no me considero ya á propósito con la edad que tengo para desempeñar el papel de Edipo.

— Decía, monseñor, que después de haber visto á vuestras dos hijas tan faltas de juicio dar el primer paso en la senda de la discreción, vais á ver ahora á vuestro hijo, que tan cuerdo era, metido en el camino de la disipación y del desorden.

— ¿Mi hijo Luis?

— El mismo: esta noche se despabila; semejante espectáculo es sumamente lisonjero para un padre, en vista de lo cual no he vacilado un momento en convidaros á él.

El duque movió la cabeza en señal de duda.

— ¡ Oh ! podéis creer lo que mejor os parezca, monseñor; pero lo cierto es que sucederá.

— ¿ Pero en qué sentido va á despabilarse, como tú dices ?

— En todos, monseñor; el caballero de M^{xxx} es el encargado por mí de enseñarle los primeros rudimentos: en este momento cena con él y dos damas más.

— ¿ Y quiénes son esas damas? preguntó el regente.

— No conozco más que una de ellas; el caballero de M^{xxx} cuida de llevar la otra.

— ¿ Y el príncipe ha consentido en ir ?

— Con mil amores.

— Á fe mía, Dubois, dijo el duque, creo que si hubieses vivido en tiempos del rey san Luis, hubieras concluido por llevarle á casa de la Fillon de aquella época.

Una sonrisa de triunfo se vislumbró en el semblante de mono de Dubois.

— He ahí, monseñor, continuó el abate; deseabais que el príncipe Luis desenvainase una vez la espada, según vos mismo haciais en otro tiempo, y

como todavía queréis hacer ahora; pues bien, ya he tomado mis medidas con este objeto.

— ¿ Es esto verdad ?

— Si, monseñor; durante la cena el caballero de M^{xxx} promoverá una disputa por un quitame allá esas pajas, como solemos decir, y luego seguirá lo demás. Varias veces os he oído que deseabais ver al príncipe enredado en algún lance amoroso; en verdad os digo que si hoy resiste á las tentaciones de la sirena que le he soltado, no podré menos de creer que es un san Antonio.

— ¿ La has elegido tú ?

— ¿ Pues quién había de ser, monseñor? Vuestra alteza sabe muy bien que cuando se trata del honor de la familia real, no fio más que en mí mismo. Esta noche, pues, tendrá lugar la orgía, mañana el duelo; y por la tarde, nuestro neófito podrá ya firmarse Luis de Orleáns, sin comprometer la reputación de su augusta madre; porque todos verán que la sangre que corre por las venas del joven pertenece á la vuestra, lo cual, séame permitido decirlo, con la extraña conducta que ha observado hasta aquí, casi casi le haría dudar á uno.

— ¡ Dubois, eres un miserable! repuso el duque riéndose por primera vez desde su salida de Chelles; vas á perder al hijo del mismo modo que perdiste al padre.

— Lo que gustéis, monseñor, respondió Dubois; mas es necesario que, ya sea príncipe ó no lo sea,

se resuelva á ser hombre ó á meterse fraile: ya es tiempo de que elija uno ú otro partido. Tenéis, príncipe mio, un hijo que va á cumplir muy pronto diez y seis años, un hijo que no queréis mandar á la guerra bajo el pretexto de que es único, y realmente el verdadero motivo consiste en que no sabéis cómo se portaría.....

— ¡ Dubois ! gritó el regente.

— Vaya, monseñor, mañana sabremos á qué atenernos.

— ¡ Á fe mia, que el lance es gracioso ! exclamó el regente.

— ¡ Cómo ! replicó Dubois ; ¿ creéis acaso que tratará de menoscabar su honor ?

— ¡ Ah, tunante ! ¿ sabes que me estás insultando ? ¿ Te parece imposible que un individuo de mi sangre sea incapaz de enamorarse, y tendrías quizás la avilantez de mirar como un extraordinario portento el hacer desenvainar la espada á un príncipe que lleva mi nombre ? Amigo Dubois, estoy viendo que has nacido abate y morirás lo mismo.

— ¡ No, no, monseñor ! exclamó Dubois ; ¡ caramba ! deseo ser más.

El regente se echó á reír.

— Á lo menos eres ambicioso, lo que no le sucede á ese imbécil de Luis, que nada absolutamente desea; esa ambición me divierte más de lo que puedes imaginar.

— Á la verdad, monseñor, no me creía tan gracioso.

— Esto es pura modestia, porque eres la criatura más divertida del mundo, cuando no la más perversa; por lo tanto, te juro que el día en que seas arzobispo.....

— ¡ Cardenal ! monseñor.

— ¡ Ah ! ¿ cardenal es lo que quieres ser ?

— Mientras me eligen papa.

— Bien, bien; ese día te juro.....

— ¿ El día que sea papa ?

— No, aquel en que seas cardenal, se reirá mucho en el Palacio Real; te lo prometo.

— En Paris se reirán también mucho: vuestra alteza ha dicho perfectamente que soy un excelente bufón, y por lo mismo quiero excitar la risa; he ahí la causa por la cual deseo ser cardenal.

En el momento en que Dubois manifestaba la anterior pretensión, la silla de posta cesó de rodar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

29998